

die Mutter heißt es einmal, sie habe nur nicht auffallen wollen: „Die Schweiz sollte gar nicht merken, dass sie da war.“ Was aber ebensowenig half gegen die weitverbreitete „Italiener raus!“ – Mentalität wie die Gigolo-Posen des Vaters oder das rebellische Aufbegehren des nicht nur in der Schule „auffälligen“ Pop- und Rock-Sohns. Der Angelo von heute fragt sich mit Recht, weshalb er sich in seinen besten Jugendjahren ausgerechnet „mit Knoblauch und Mais in meinem Pult“, mit körperlichen Attacken, verbalen Beleidigungen, Lokalverboten, Scham- und Schuldgefühlen beschäftigen musste. „Die siebziger Jahre waren traurig [...] Mir kommen diese Jahre wie in ein jämmerliches Dämmerlicht getaucht vor, ein Grauton ohne Ausweg [...]. Tröstet es mich, wenn ich weiß, dass jeder seine eigene Fremdenfeindlichkeit verstecken möchte?“

Hundert bewegende, lesenswerte Seiten. Francesco Micieli glückt eine ästhetisch elegante, lebenskluge und melancholische Reflexion über Nähe und Fremde, Heimat und Identität. In ständigem Gespräch mit Gotthelf, natürlich. Man kann und muss sein Buch auch als wichtigen Beitrag zur literarischen Landeskunde lesen, der an die von Schwarzenbachs Deportations-Initiative verschatteten Ängste und Alpträume zahlreicher Kinder und Jugendlicher erinnert, die später ganz wesentlich zum Wohlstand und zum Ansehen der Schweiz beigetragen haben. Weshalb „Schwarzenbach“ es verdienen würde, Schullektüre zu werden. Wie „Die schwarze Spinne.“

Klaus HÜBNER

ROTH, Joseph: *Zipper y su padre*. Trad. de Marina Bornas Montaña. Madrid: Acantilado 2011. 159 pp.

Dedicada al escritor y periodista Benno C. Reifenberg, que tras participar de la Primera Guerra Mundial se integró al periódico *Frankfurter Zeitung* y llegó a dirigir por años su suplemento cultural, a raíz de lo cual trabó amistad con el galiziano Joseph Roth, la novela *Zipper y su padre* (1928) repone los temas que obsesionaban al autor por aquellos días: el concepto de lo austríaco, es decir, de lo nacional (o, en sus términos, lo “supranacional”), y sus oscuras relaciones con la Gran Guerra en particular y con la barbarie humana en general. Pensada en serie con el resto de la narrativa de Roth, *Zipper...* es una intersección, en clave deliberadamente menor, de *La marcha de Radetzky* y *La rebelión* (que para muchos de los especialistas son, justamente, acaso sus dos novelas más acabadas y representativas). Si en la primera vemos la preocupación por los linajes y las dinastías, cuya acumulación sólo genera nuevas escaladas de violencia sin una pizca adicional de sabiduría, en la segunda vemos al veterano de guerra absolutamente desamparado y forzado a la autodestrucción; y aquí vemos en acción a la generación de los padres, esos alegres burgueses aparentemente sin problemas, y la de los hijos, esos fracasados aparentemente sin soluciones.

Pero este relato tiene un rasgo que lo diferencia un poco de sus hermanos: la confesa clave autobiográfica. No sólo en lo tocante a la condición huérfana del narrador (“Ich hatte keinen Vater” arranca diciendo la novela, anunciando el relieve de esa carencia definitoria), ni a su facilidad para la observación fina del rico elenco finisecular austrohúngaro, sino ante todo porque tras el aparente cierre de la historia, con el capítulo XXI, Roth introduce una “carta del autor para Arnold Zipper” en la que se empareja con su personaje de ficción y aprovecha, conmovedoramente, para expresar la poética personal de lo que designa como un “informe” (*Bericht*). Allí leemos que su “propósito [...] consistía en exponer las diferencias y las semejanzas entre dos generaciones a través de dos personas, de modo que el resultado no fuera una crónica privada acerca de dos vidas privadas” (p. 158), y ese reconocimiento pone en claro la intención de retratar toda una época y todo un imperio tomando como excusa la trillada estructura de la historia del padre y del hijo, tan cara a la novela realista decimonónica.

Fuera de ese detalle, si se quiere puramente formal, la novela es un dechado del oficio magistral de Joseph Roth, que podría definirse como su coetáneo Pirandello supo definir al humorismo: como *il sentimento del contrario*. Narrada en capítulos breves y a veces casi autónomos, gesto característico del folletinista profesional, avanza fluidamente sin decaer jamás, no sólo porque la dosificación de acciones y descripciones está calculada con ojo agudo, sino especialmente porque pronto el lector descubre que lo más importante es la focalización, el punto de vista, aun cuando –o quizás debido precisamente a que– el narrador es conscientemente periférico, actuando como un testigo de vidas ajenas (en este caso, las de la familia Zipper). De hecho, lo más encomiable de la obra es la construcción psicológica de ese narrador, todo un *Augenmensch*, que aunque por momentos finge querer condenar al viejo Zipper, encarnación de cierta ceguera finisecular vienesa, sin embargo lo admira y por ende lo perdona. Y tratándose de un libro sobre la guerra, como abundaban tantos en la década de 1920, la casi absoluta elisión precisamente de ese episodio –que si bien ausente, actúa como dolorosa bisagra– delata el interés por enfocar las actitudes *antes* y *después* de esos cuatro años infernales, que separan al sueño del confort de la pesadilla de la miseria. El final de esos destinos extraviados y sin rumbo en una vocación artística frustrada, en un juicio familiar, en un mundo cinematográfico frívolo y desconcertante, no es sino una sutil y melancólica metáfora sobre la condición lamentable de una generación perdida (otra más que la literatura sabe registrar).

De esta nueva traducción (la anterior databa de unos pocos años atrás y le pertenecía a J. Orduña) puede decirse que es fiel en el sentido en que debe serlo toda buena traducción de este autor, cuyos mejores recursos son las oraciones cortas –recuérdese su fastidio ante las largas y pomposas cláusulas de los consagrados literatos alemanes– y las observaciones concretas, todo eso formulado en un lenguaje bastante simple. Pues Roth fue uno de los últimos exponentes puros de una especie que entre tanto prácticamente se ha extinguido, a saber: la del escritor que además es periodista, o la del periodista que además es escritor (para el caso lo mismo da, pues se trata de ganarse la vida escribiendo). Y en él, por lo tanto, nun-

ca hay pirotecnias ni preciosismos verbales, sino simplemente una historia bien contada a la vieja usanza, esto es, algo interesante contado por alguien interesante, sin estridencias ni requiebres. En esa mediana pretensión, *Zipper y su padre* es una obra maestra, que confirma el talento necesario para la sobriedad y la humildad.

Marcelo G. BURELLO

STAVARIĆ, Michael: *Brenntage*. Roman. München: C.H. Beck 2011. 232 S.

Der jüngste Roman des 1972 in Brno (Brünn) geborenen Wiener Schriftstellers Michael Stavarić spielt in einer „ärmlichen, jedoch liebenswerten Gegend“. So charakterisiert sie der namenlose Ich-Erzähler, ein Junge, der nach dem Tod der Mutter in die Obhut seines Onkels geriet, eines schrulligen und zugleich beeindruckend weltweisen Raubeins mit abgründiger Vergangenheit. Und der wohnt, anfangs noch mit seiner Frau, in einer merkwürdigen, von Wäldern, Schluchten und Bergen umgebenen Siedlung fernab der Welt, unter deren Bewohnern sich seltsame Sitten und Gebräuche entwickelt haben. Zum Beispiel die Brenntage – einmal im Jahr, „am ersten Tag des Herbstes“, schleppt man allerlei Gerümpel in den Garten: „Wir nahmen Streichhölzer und Feuerbeschleuniger und taten, was getan werden musste. Der Onkel (sichtlich stolz) sprach von den Brenntagen, und irgendwann nahmen sich alle Nachbarn in unserer Straße ein Beispiel [...]“ Ein Ritual, diese Brenntage, eines von vielen in dieser weniger liebenswert als vielmehr unwirklich und düster anmutenden Gegend. Der allmählich in pubertäre Verstrickungen geratende Knabe wächst auf mit dem Knistern der Flammen und den Gerüchen der Erde, mit mysteriösen Soldaten und Jägern im Dschungel der Wälder, mit strengen, aber auch abergläubischen und skurrilen Autoritäten und mit regelmäßig eintreffenden Briefen der toten Mutter. Zudem ist der Text geradezu durchsetzt von Bergbau-Motiven, und dabei an Novalis und dessen „Heinrich von Ofterdingen“ zu denken ist durchaus erlaubt. Eine unheimliche, bisweilen märchenhafte Szenerie, archaisch, wenn auch mit Fernsehempfang. Doch das Fernsehen ist genauso surreal wie alles andere. Nicht nur einmal erscheint es dem Jungen zweifelhaft, ob die Außenwelt und all das, was er auf dem Bildschirm gesehen hat, überhaupt existieren.

Der zarte Zauber von Stavarićs rauer Prosa, die oft im Sinne einer Litanei mit variierenden Wiederholungen arbeitet und damit Festlegungen vermeidet, hat weniger mit ihren Inhalten zu tun als vielmehr mit Rhythmus und Klang. Ähnlich wie in manchen früheren Büchern des enorm produktiven Autors ist die innere Ordnung auch dieses Romans eine musikalische. Eine brüchige, unvollendete Ordnung ist das, denn Sicherheiten gibt es in dieser Geschichte ebenso wenig wie in den schaurigen Tiefen der die Siedlung unterhöhrenden Minen. Das Erzählte kann immer auch sein eigenes Gegenteil sein, und wo die Wirklichkeit aufhört und die Phantasie des Erzählers anfängt, ist nicht zu ermitteln. Oft spricht die Sprache selbst: Stavarić liebt seltene, gern auch veraltete Wörter und raunende, melodisch und faszinierend das Schicksal beschwörende Redewendungen. Und deren Varia-